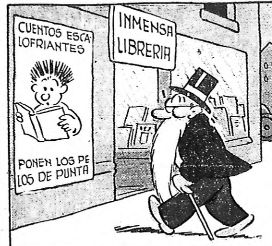
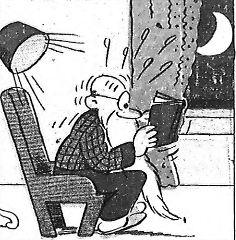
COLOR HISTORIETAS JORNADA COLOR PARA NIÑOS

Página 1 Magazine Cómico de JORN ADA en Multicolor No. 15 Noviembre 7 de 1931











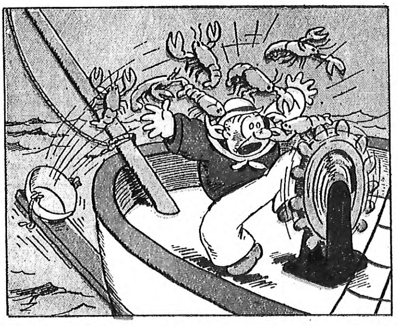
LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN por Dirks









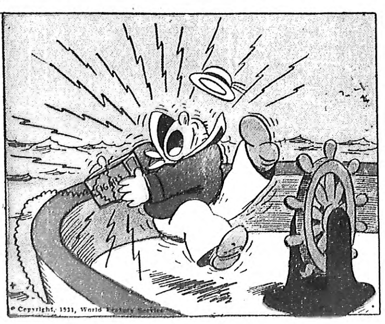
















PERO RESULTA QUE EL IMPETUOSO CAPITAN IGNORA QUE EL RIVAL DE TODA SU VIDA, EL CONTRAMAESTRE AZUL MARINO, VA MUCHO MAS ADELANTE, YA CERCA DEL GRAN TESORO.....

SALUCIA por Susana Strawska

EN un lugar de Polonia vivían dos vecinos que no se podían soportar. El uno era pastor; el otro, molinero. Tenía este lugar un joven señor muy bueno y muy justo, a quien los campesinos acudían para solucionar sus altercados. Guardaba el pastor sus rebaños — carneros, ovejas, bueyes — en un prado que lindaba con el campo del molinero. Los ganados del pastor brincaban por encima de las empalizadas, se internaban en el prado, pisoteaban el trigo, ramoneaban el trébol.

En seguida, el molinero acudía a quejarse al señor, el cual hacía venir al pastor; reñía, amenazaba, le imponía multas; y hasta llegó a hacerle propinar, por reincidente, una tanda de palos.

Pero un día vino en que el señor se dió cuenta de que los daños no siempre tenían la importancia que el molinero pretendía, y que, por parte de éste, había más odio que otra cosa.

Una vez, pues, en que no pudo hacerles venir a un acuerdo, les dijo:

—Escuchad. A este paso no vamos nunca a terminar. Evacuemos el asunto de otro modo. Aquel que otorgue la mejor respuesta a la pregunta que os voy a proponer, vencerá en esta querella: ¿Qué hay en el mundo más precioso, más dulce y de más substancia? Volved a casa, reflexionad durante la noche y volved aquí mañana. Buenas tardes, amigo.

El pastor se echó a temblar, porque era pobre y de parca inventiva. No sabía qué responder, porque nunca había poseído nada precioso, ni comido cosa dulce o sustanciosa. El molinero, que tenía una muy alta opinión de sí, se regocijó, y mirando de alto a bajo al pastor, le dijo:

—Esta vez, mi amigo, que me ahorquen si el señor no te hace hincar el pico a varazos.

Y se marchó haciendo piruetas.

—¿Por qué aguardar hasta mañana? — pensaba, tristemente, el pastor, regresando a su cabaña, arrastrando los pies —. Que me tundan a palos ahora mismo, así acabaremos antes.

TRANQUILIZADO

Su hija le esperaba en el umbral.

—¡Oh, papá! — le dijo. No tenéis el aire muy alegre esta tarde.

—¿Cómo voy a tener cara de fiesta, pobre hijita, si mañana me van a matar a palos si no digo al señor qué hay en el mundo más precioso, más dulce y de más sustancia?

—¿Y eso es lo que con tanto cuidado os tiene? ¡Dios mío! Duerma usted a pierna suelta, que mañana os lo diré.

—¿Cómo vas tú a saberlo, pobre hijita?

—Eso es cosa mía. Vaya a dormir.



De pronto el señor se inclinó y creyó ver visiones. Por la avenida que conduce al castillo avanzaba una muchacha vestida con una túnica de alambre, montada sobre un cordero, rozando sus pies la tierra

Por su parte el molinero no las tenía todas consigo, porque, después de todo, nada le demostraba que la respuesta exacta fuese aquella que él se imaginaba. Su mujer le tranquilizó:

—¿No sabes tú, mastuerzo, que lo más precioso es el dinero, lo más dulce la miel de las abejas y lo más sustancioso es el tocino, cuando el cerdo ha sido bien cebado?

—Es verdad — dijo el molinero, desperezándose. He ganado el pleito.

Y, apaciblemente, se durmió y roncó hasta el amanecer.

No durmió menos tranquilo el pastor. Se despertó temprano, oyó con atención cuanto su hija le decía y volvió a casa del señor, donde ya el molinero se le había adelantado.

FUERON SEPARADOS

El señor los mandó primeramente a cada uno a un aposento separado, para que allí pudiesen meditar y ninguno de ellos pudiese escuchar la respuesta del otro. Pasado un cuarto de hora hizo venir al molinero, se sentó en su poltrona, cerró los ojos y cruzó las manos sobre el vientre.

—Bien, amigo mío; te escucho — dijo.

El molinero respondió resueltamente:

—Mi señor, lo más precioso es el dinero, lo más dulce la miel de las abejas y lo más sustancioso es el tocino, cuando el cerdo ha sido bien cebado.

—No está mal, no está mal del todo — dijo el señor. Ahora el pastor.

—Amigo mío, a tí te toca.

El pastor respondió tímidamente:

—Lo más precioso, mi señor, es nuestra virtud. Lo más dulce es el sueño. Lo más sustancioso es nuestro bien obrar, porque, a cambio, nos otorga Dios el Paraíso.

—Has ganado, pastor. El molinero te pagará diez ducados por perjuicios e intereses.

Cuando el molinero, forzado a obedecer, se retiró, lleno de cólera, dijo al pastor:

—Amigo mío, no me vas a hacer creer que adivinaste por tí solo una respuesta tan sensata. Alguien te la ha apuntado. Dímelo. Quiero saberlo.

LA UNICA VERDAD

El pastor se hizo rogar un poco antes de confesar la verdad; pero como el señor, que no era muy paciente, le amenazaba con el bastón, se decidió a responder:

—Pues bien, mi señor, ha sido mi hija.

—¿Tu hija, pastor? Quiero verla. Y mira, puesto que es tan aguda, que venga a verme ni a pie ni a caballo ni en carruaje, ni vestida ni desnuda, ni de día ni de noche. Y además, que me traiga un regalo sin traérmelo. Hazle saber mis palabras. Que no falte a ninguna condición; de otro modo, tú serás castigado por no encontrar por tí mismo la respuesta a mi pregunta. Y aparte de esto, puedes estar seguro de que en lo sucesivo no intentaré más defenderte contra el molinero.

BIEN ENCAPRICHADO

—Esta vez sí que estoy perdido — reflexionó el pastor, volviendo a su cabaña — ¡Dios del cielo! Si me hubiesen dado en seguida los palos, mi hija no se vería en este enredo, y todo habría acabado. Porque, en definitiva, ¡hace falta ser un brujo para contentar a nuestro señor! Ni a pie ni a caballo ni en carruaje, ni vestida ni desnuda, ni de día ni de noche. Traer un regalo y no traerlo... ¡Ahí es nada! Si el señor no fuese aun tan joven, se diría que la edad le enmaraña las ideas. Hace falta, en verdad, que se haya encaprichado de mi piel.

Halló a su hija, que salía a su encuentro.

—¿Qué ocurre, papá?

—Nada, hija mía — respondió el pastor, con un aire afligido.

—¡Cómo, papá! ¿Os han azotado?

—¡Pugliese a Dios, hijita, que me hubiesen azotado! Ya hubiera todo concluído.

—Entonces, papá, ¿el señor es un imbécil?

—¡Pluguiese a Dios, hijita; pluguiese a Dios que fuese un imbécil! Me hubieran dado de palos y hubiera todo concluído.

—¡Dios mío! Explíqueme.

—Volando, pobre hijita, volando. El señor exige que tú vayas a verle al castillo, ni a pie ni a caballo ni en carruaje, ni vestida ni desnuda, ni de día ni de noche; y que le lleves un regalo sin llevárselo. ¡Ay! Si falta a alguna de estas condiciones, yo seré molido a palos, y el señor ya no me defenderá del molinero. ¡Fíjate bien!

La hija del pastor reflexionó un momento, y dijo, al fin, levantando la cabeza:

—No paséis cuidado, padre. Yo cumpliré todas las condiciones que el señor me impone.

—¿Tú? ¡Ah, bueno! — dijo el pastor sumiso. ¡Si así es!... Pero ¿cómo vas a arreglarte? Porque, al fin...

—Ya verá, padre, ya verá. No necesito más que un vestido de alambre, un pájaro vivo y uno de vuestros corderos. De lo demás, yo me encargo.

Muy intrigado el pastor, como puede suponerse, hizo cuanto pedía su hija, y ésta, como si nada ocurriese, marchó al bosque a coger arándanos con las demás campesinas del lugar, y no volvió a su morada hasta la noche, con el cesto desbordante.

QUEDO EMBOBADO

Placía al señor levantarse muy temprano. Hoy había abandonado su enorme lecho de columnas antes que de costumbre, y en la ventana, respiraba el aire húmedo que subía del San. La noche se desvanecía, y en la profundo del cielo, una franja rojiza anunciaba la aurora. No era aún de día, ni era ya tampoco de noche.

De pronto el señor se inclina, abre más los ojos, creyendo haber visto visiones. Por la avenida que conduce al castillo, avanza una muchacha vestida con una túnica de alambre, a través de la cual se divisa su cuerpo. Montada sobre un cordero, rozan sus pies la tierra, y avanza al mismo tiempo que la cabalgadura. Se acerca la muchacha hasta debajo del ventanal donde el señor la contempla embobado, y le tiende, sonriente, un pájaro. Al mismo tiempo, la moza abre la mano, y... ¡paf!, el animalito se escapa.

—Buenos días, noble señor — dijo la hija del pastor. Vengo, según me lo ordenasteis, ni a pie ni a caballo ni en carruaje, porque cabalgo sobre un cordero y vengo andando, todo a un tiempo. No estoy vestida, porque el enrejado que me cubre no tiene nada de traje y, sin embargo, señor, yo no estoy desnuda. Mirad hacia el Este. Apunta la aurora y la noche ha acabado. Y este gorrión, que yo os traía, ya no os lo traigo, porque se echó a volar.

—¡Verdad es, a fe mía! — dijo el señor. Y aun se asomó con más ahinco.

De que ella fuese agraciada, bastaba oírla para convencerse. De que ella estuviese bien formada, bien podía darse cuenta porque su atuendo, harto somero, no era capaz de disimulo alguno.

—¿Cómo te llamas? — preguntó el señor.

—Salucia, mi señor.

—Pues bien, Salucia, me gustas, y puesto que tan inteligente te revelas, vas a ser mi mujer. Sólo tienes que acordarte de una cosa: Nunca te mezcles en mis asuntos, y conténtate con gobernar mi casa. De otro modo, te echaré.

—Como gustéis será, mi señor. Pero ¿cómo podré yo ser la esposa de un gran caballero, yo que sólo soy una sencilla campesina, y nada sé de nada?

LAS AMONESTACIONES

—Nada importa eso — dijo el señor.

Se publicaron las amonestaciones. Semanas más tarde, se celebraron unas bodas magníficas. Corrió el hidromiel en anchos arroyos; el pastor fué sentado en el puesto de honor, es decir, en el extremo de la mesa, según costumbre polaca, mientras que en su molino, al otro extremo del lugar, se mordía los puños de rabia, el molinero.

Los dos esposos vivieron muy dichosos durante algunos años. Tenían ya tres hijos. Como antes, el señor administraba el pueblo, y Salucia no se entrometía para nada en sus asuntos.

En el fondo de su corazón, el molinero seguía resentido, pero nada se atrevía a decir. Era siempre un malvado, disputaba con sus vecinos, provocaba a todo el mundo, mentía sin rubor alguno. Un día, fué al castillo a entablar querella contra un pobre carretero. Este había pernoctado en la granja del dueño del molino, y en ella parió la misma noche una de sus jumentas.

El señor estaba ausente. Fué su esposa quien recibió al querellante.

—Tengo que hablar con mi señor — dijo el molinero.

—Está fuera.

—Peor para mí.

Olvidando la recomendación de su marido, dijo Salucia.

—Contadme alguna cosa de lo que os trae aquí. Quizá pueda ayudaros, aunque vos no hayáis sido siempre muy bueno para con mi padre.

—Temo fastidiaros.

—Hablad ya; entonces lo veremos.

DE QUIEN ES EL POTRO

—Es esto: Ayer a la noche, paró en mi casa un carretero. Le dije que pernoctara en mi granja. Al amanecer, su yegua dió a luz, y pretende, este carretero del diablo, que el potro le pertenece porque es de él la yegua. Pero yo sostengo que el potro me pertenece porque es mía la granja. Juzgad vos misma si tengo o no razón.

—¡No, de ningún modo! ¿Ese carretero os pagó por dormir?

—Sí, pero...

—Pues, como si el potro hubiese nacido en casa del carretero, puesto que éste os alquiló la granja. ¡Váyase, hombre malvado!

El molinero regresó muy descontento. Hasta el punto de que al otro día, cuando volvió el señor de caza, no dejó de volver al castillo a pedir justicia:



El marido dormía con un sueño muy pesado, cosa que aprovechó Salucia para raptarlo y llevarlo a una quinta

—Vuestra esposa fué injusta conmigo — dijo al señor —, pero yo no he aceptado su sentencia. Haced que quede en ridículo ese diablo de carretero.

EL SEÑOR OFENDIDO

Contra lo que pensaba, el señor se ofendió. Le llamó bribón, ratero, zorro; y, para colmo, le condenó a pagar al carretero cinco ducados por los contratiempos que le había hecho sufrir. Después de lo cual, le volvió la espalda y penetró en el aposento de su mujer, rojo de cólera.

—Yo te había prohibido al casarnos, mezclarte en mis asuntos. Has desobedecido: tanto peor para tí. Hemos vivido felices durante cuatro años, pero todo se acabó. ¡Vete inmediatamente! Desde hoy te alojarás en una quinta lejana, y nunca volverás a verme.

La joven esposa se arrojó a los pies de su marido, le suplicó que no fuese con ella tan severo. El fué inflexible, y sólo le permitió llevar con ella lo que le fuese más querido.

—Concededme al menos una gracia.

—¿Cuál?

—Diferir mi partida hasta mañana; y permitid que esta noche cenemos aun juntos.

—Bien.

Salucia no necesitaba otra cosa. Corrió a las cocinas y derramó algunas gotas de narcótico en la sopa.

Cenaron, pues, juntos. A los postres, se levantó el señor con gran pesadez en la cabeza y fué a acostarse. Cayó en un sueño profundo, y Salucia no perdió el tiempo. Dió la orden de preparar una tartana, y transportar allí a su esposo profundamente dormido. Luego se instaló junto a él, y... ¡arrea cochero!

Cuando llegó a la quinta donde su marido la había condenado a vivir en adelante, ella le hizo colocar sobre un canapé. Después, esperando a que se despertase, se puso a coser.

Algunas horas después, se despertó el señor, se frotó los ojos, y miró alrededor suyo con los ojos asustados.

—¿Dónde estoy yo? — pensaba. Pero, ¿dónde estoy yo? ¿Qué aposento es éste, que me parece reconocer?

Luego, advirtiendo a su mujer sentada a la ventana, con la frente inclinada sobre la labor, gritó encolerizado:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué me has traído a esta quinta?

—Permitiste que me trajera lo que para mí fuese más querido en el mundo — dijo ella, sin alzar los ojos —; así que, mi buen amigo, te traje a tí.

A estas palabras se arrasaron en lágrimas los ojos del señor, se acercó a su mujer y la tomó en sus brazos.

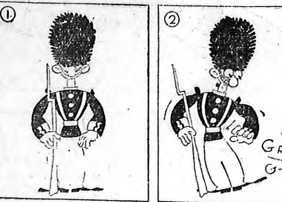
—¡Perdóname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

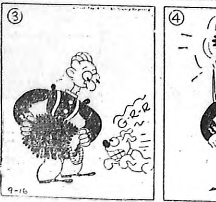
PREMIANI

Ninguno de los dos vecinos se podía soportar. Uno era pastor y el otro molinero

ILUSTRO PREMIANI

Secreto de un Exito





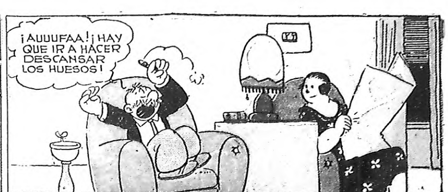


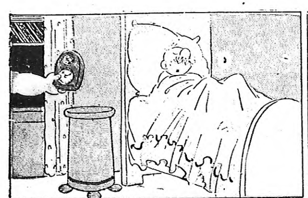
(Por BURTIS).

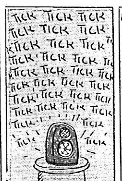






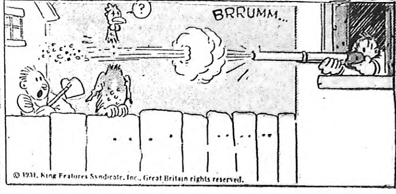












LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI







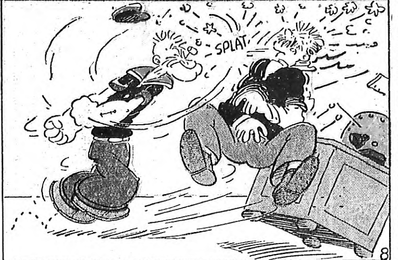






















La GUADAÑ

DESTACANDOSE nitidamente sobre el fondo nublado del cielo; del otro lado de la bahia de aguas obscuras, se elevaba la costa oriental. Una tenue claridad, indicio de que la luna no tardaria en salir, apareció en el horizonte. Glendon comprendió que no tendria que esperar mucho tiempo.

Bajó hasta la orilla rocosa para acechar el primer reflejo de la luz lunar sobre las olas traidas por la marea creciente. Queria observar cómo esta fugaz pincelada de luz haria retroceder las crestas de espuma y recibir en su retina la impresión de varios colores que se convierten de pronto en un brillo plateado. Habia intentado hacerlo en más de una ocasión sin lograr su propósito; pero aquella noche tenia una extraña convicción de que el mar ya no podria seguir negándole la revelación de sus secretos.

En las tinieblas resonó el grito de un ave marina y el leve ruido producido por el batir de sus alas. Una tenue brisa soplaba desde el océano: su suave y frio roce aguzaba los sentidos dejando la mente despierta y en calma... Bajo el influjo de este sortilegio, a la memoria de Glendon acudieron los recuerdos de su vida turbulenta. Pensaba en su pasado como si éste formara parte integrante de una vida perteneciente a un mundo distinto del que habitamos, un mundo extraño, lleno de contrastes e impetus locos al que no iba a volver jamás. Continua angustia, indecisiones, vicisitudes, arranques apasionados, violentos esfuerzos de una batalla perdida contra un amor fuerte y avasallador... todo habia pasado perdiéndose en el tráfago de su vida. Habia ganado a Irene y ahora estaban unidos para siempre y en visperas de emprender una existencia nueva.

Se embarcaron a la ventura, abandonando las ruinas del pasado y se encontraban solos en alta mar. Tenian por delante luchas sin tregua, tormentas violentas hechas para templar sus fuerzas y calmas chichas para poner a prueba sus nervios; pero en cambio ya no los acechaban las marañas traidoras de falsa lealtad que los arrastraban lenta pero seguramente al fango, en el fondo del negro abismo. Un tajo rápido y puro los habia librado de la caida.

NUEVAS ENERGIAS

Glendon veia claro ahora y sentia que fuerzas perdidas antaño volvian a henchir de energia sus venas. Pronto tomaria de nuevo sus pinceles para pintar la suprema visión de la belleza que le habia enseñado la vida. Durante el último mes, mientras vivió en la blanca casita edificada en la roca, el hombre disfrutó de la dicha más grande que jamás podia imaginarse. En su creación iba a reflejarse esta felicidad y calma. Queria pintar el mar susurrando con languidez bajo la caricia del brillo adorable de la pacifica luna... Seria una obra maestra... "La marea iluminada por la luna", por Miguel Glendon... O sino quizá fuera mejor llamarlo a secas: "Marea bajo los rayos lunares". Parece más romántico sin el articulo "la". En esta forma haria que el espiritu se compenetrase de la misteriosa personalidad del mar.

Glendon prestó oido al murmullo del agua al morir junto a los escollos a sus pies, un sonido compuesto del suave golpe de las olas y el lento gluú-gluú del reflujo. Producia una sensación extraña como si el océano chasquease la lengua.

De pronto el hombre se dió cuenta del peligro que corria siguiendo en aquel lugar. Por dos horas aún la roca representaria un refugio bastante seguro, pero durante la alta marea seria cubierta por el agua. Esta parte del escollo era baja y no ofrecia dificultad descender con ayuda de una escalera de soga de treinta pies de largo. Era un lugar pintoresco donde Glendon se sentaba a menudo en compañia de Irene... Pero ahora, en la obscuridad, vió que era una trampa mortal. El único modo de volver seria subiendo por la escalera, pues era de todo punto imposible trepar por las abruptas laderas del peñasco. Abajo estaban los agudos escollos, y entre ellos hervia un remolino.

Desde el lugar en que se encontraba, Glendon no podia ver la escalera colgada del otro lado de un ángulo sobresaliente de la roca. ¿Y si no estaba más alli? Era muy probable, porque a pesar de que el hombre habia sujetado fuerte la soga antes de bajar, los nudos podian haberse aflojado ocasionando la caída de la escalera.

LA OBRA MAESTRA

El pintor se representó mentalmente con toda claridad el espectáculo de las sogas que se desprenden despacio bajo los embates de las ráfagas de viento; veia como si fuera realidad cómo los peldaños bajaban golpeando las piedras y caian al agua... en tal caso él quedaria prisionero en la peña cara a cara con la marea creciente.

¿Iba a pensar aún en la hermosura del cuadro viendo acercársele la muerte? De pronto el tema de la obra maestra con que estaba soñando le pareció trivial y sintió la necesidad de encontrar otro más nuevo e impresionante. Su futuro cuadro no debia limitarse a representar el esplendor: debia profundizar más allá de esta máscara seductora de belleza con que a menudo gustan aparecer las olas. Lo que queria mostrar era el hondo desprecio del implacable mar.

Glendon volvió a escudriñar el océano, ansioso de encontrar algún detalle que diera vida a sus ideas. Pero no lograba dar con la tecla...

En este momento resonó el leve ruido de unas piedrecitas al caer; el pintor se puso de pie en un salto. Mirando en la dirección de la escalera vió cómo se balanceaba alrededor de su punto de apoyo...

—¡Irene! — exclamó.

El eco repitió el nombre; un ave despertada por el insólito ruido emitió un grito chillón que repercutió en el silencio de la noche. Luego se dejó oir la risa cristalina tan conocida de Glandon, y una voz fresca dijo:

—Hola, Miguel. Estoy bajando. Espérame.

—¡Ten cuidado, en nombre del cielo! ¡No te apures!

—Bueno.

A Glendon le pareció que el descenso de Irene habia durado horas enteras. Por fin la tenia entre sus brazos.

—No deberias haber venido a este lugar, querida. — le dijo ¿Por qué lo hiciste? Es muy peligroso, a obscuras.

—Me sentia triste, Miguel — replicó la joven, estrechándole la mano — Queria estar contigo.



El pintor queria observar cómo la fugaz pincelada de luz hacía retroceder las crestas de espumas y recibir en su retina la impresión de varios colores.

—Yo no pensaba demorarme mucho aquí. ¿No digiste que ibas a escribir cartas?

—No sé por qué, pero no pude hacerlo. No bien te fuiste, me acometió un acceso de miedo... Tenia la impresión como si alguien estuviera acechándome.

—Era el viento, Irene. Siempre parece como si tratara de abrir la puerta y entrar. No es nada, querida. Pero, ¿por qué no me comunicaste tus temores? De haberlo sabido, no te dejaba sola.

—Esto empezó cuando ya habias salido... Traté de escribir, pero me pareció ver una cara que se asomaba a la ventana y oir pasos de alguien que rondaba la casa... Ahora me doy cuenta de que era una estupidez, pero en aquel momento no lo pude resistir. Sali a todo correr y no paré hasta alcanzar la roca; cuando llegué al pie de la escalera, estaba tan nerviosa que tropecé contra las piedras. Sentia que alguien me perseguia... Pero, apenas oi tu voz, me calmé.

Glendon se sentó en una saliente de la roca, atrayendo a la joven con cariño, dijo:

—No volveré a dejarte sola, querida. Sólo queria ver la salida de la luna en la bahia.

EL MAL TIEMPO

—Vamos a observarla juntos, Miguel.

—Sí, ya falta poco.

Por espacio de un rato guardaron silencio con las miradas fijas en el Este, donde empezaba a insinuarse una tenue claridad. Luego Irene dijo:

—Esta noche el viento sopla desde el mar. Según el pescador, es señal de que hará mal tiempo al amanecer.

—Si, hoy me dijo que los temporales de primavera se habian retrasado. Quizá esta noche asistamos al espectáculo de la primera tormenta.

—El hombre dice que un temporal con la marea alta es un cuadro espléndido.

—Si tarda en desencadenarse hasta el alba trataré de hacer un bosquejo de la aurora envuelta en las nubes de la tormenta. Ayer recibi una carta de Collins en la que me comunica que los cuadros maritimos siempre tienen salida. Colocó en su vidriera principal el bosquejo que le envié, representando esta costa y pide por él 20 guineas.

—Miguel — pronunció Irene en voz queda — yo hubiera preferido que no le hubieses mandado este cuadro. ¿Te parece que has procedido bien?

—Collins es un hombre honesto; si te refieres a eso no tengas cuidado.

—No, no es esto lo que me preocupa. ¿Acaso no lo comprendes, Miguel? Nadie debe saber donde estamos, querido, nadie....

En su voz se reflejaba el terror. Glendon trató de calmarla con una presión cariñosa de su fuerte brazo.

—Sí, amor mío, lo comprendo. Cuando escribi a Collins recalqué la conveniencia que guardara en secreto mi dirección. Sé que puedo confiar en él. Sin embargo, no le hubiera enviado este cuadro si no fuera porque estamos necesitados de dinero. A mi tampooc me gustaria que la gente sepa donde nos escondemos. Merrick es un hombre eminente y la nueva se hubiera propagado con rapidez. Si los diarios llegaran a enterarse en dónde estamos no tardaria en acudir en tropel los repórteres.

Meneando la cabeza con aire de desesperación la joven exclamó:

—No comprendes mi pensamiento, Miguel. No temo a los diarios si no a él... le tengo un miedo cerval...

Un guijarro rodó a lo largo del peñasco y chocando contra el borde, a los pies de los jóvenes, se perdió en las negras profundidades. El sonido producido por su caida se prolongó por un segundo en medio de las tinieblas. Al cabo de un breve silencio Glendon dijo mirando arriba:

NO LE PERTENECIA

—Es raro cómo resuenan de noche los objetos. Confieso que hasta me asustó la caida de esta piedra. Parece como si las rocas se desmoronaran alrededor de nosotros... como si llegase el fin del mundo... Durante estos pocos momentos vislumbré el juicio final... ¿Has sentido algo, Irene?

—Me pareció oir unas pisadas, antes de que cayera el guijarro.

—¿Pisadas? ¿Otra vez con tus aprehensiones? Por lo visto la vida retraida que llevamos obra mal sobre tu sistema nervioso, querida De seguro era una ráfaga de viento.

Absorta en la contemplación del mar la joven parecia no haber oido sus palabras.

—Miguel — pronunció al fin — hoy, desde el crepúsculo tengo la sensación de que no estamos solos... Miguel — agregó con voz apenas perceptible — ¿crees que él pensó en serio lo que dijo.

La pregunta de Irene hizo resurgir en la mente de Glendon una escena que trataba de olvidar. La cara de Merrick alumbrada por la mortecina luz del farol callejero, con una expresión de furia bestial impresa en sus facciones, el último grito de rabia salvaje que se escapó de sus labios temblorosos. Aquella noche el hombre parecia demente... y le amenazó con la muerte. Su fria máscara de indiferencia desapareció, como por encanto, cuando se dió cuenta de que su esposa no le pertenecia más.

Merrick, siempre se le habia antojado a Glendon un hombre extraño. ¿Quizá tuviera en sus venas una parte de sangre meridional emponzoñada en sus antepasados por alguna sombria tradición de vendetta? El hecho es que era un ser peligroso y amaba a Irene.

MAL RECUERDO

Con un esfuerzo de voluntad el pintor trató de apartar de su mente el recuerdo de su rival y de traer la paz a su atribulado espiritu con el sedante de los frios razonamientos. Merrick perderia demasiado si fuera a cometer un acto de violenta venganza y no era tan tonto como para hacerlo. El hombre era un financista destacado con gran porvenir y veleidades de hacer una brillante carrera. No podia ser tan estúpido como para echarla a perder... Empero cuando Glendon se acordó de la expresión salvaje de la cara de Merrick tal como la vió la última vez, todas sus sofismas perdian fuerza y palidecian. Los hombres de esta indole tienen una escala propia de valores de acuerdo con la cual ordenan sus actos... Miguel trató de buscar alguna contestación tranquilizadora a la ansiosa pregunta de Irene, pero no encontró ninguna.

—Tenemos que olvidar el pasado, querida — dijo. — Todo esto no tiene ninguna importancia ahora. Mira cómo palidece la luz de las estrellas. Pronto saldrá la luna.

La punta meridional del mar estaba sumida aun en plena oscuridad. En el horizonte cubierto con pesadas nubes de tormenta no se distinguian las estrellas. El rumor de las olas se volvió más fuerte.

—La luna deberá aparecer antes de que estas nubes lleguen hasta nosotros. Entonces no permaneceremos aqui ni un minuto más. Sólo quiero dar un vistazo al cuadro. La noche promete ser tormentosa... Escucha.

Un sombrio retumbar del trueno se mezcló a la suave melodia del murmullo de la marejada. Irene se estremeció.

—Tengo miedo, Miguel, de oir el gruñido furioso del mar.

—Yo también quisiera experimentarlo, querida, pero la guerra me privó de esta sensación templando y entorpeciendo mis nervios. En Somme pasé seis semanas no oyendo otra cosa que explosiones atronadoras. Dia y noche un eterno retumbar conmovia el aire. Nos acostumbramos a este ruido, tanto los hombres como los pájaros. Recuerdo que una noche al arrastrarme por un matorral, un trozo cubierto de vegetación que por milagro se habia conservado intacto y que al dia siguiente no era sino un montón de cenizas humeantes, desperté a un tordo que empezó a cantar. En su canción no se percibia el miedo; aquel pájaro habia nacido en el mundo de los truenos... Ahora el gruñido del mar suena agradable a mi oido. No puedo sentir las cosas como quisiera. De aqui a un minuto, cuando salga la luna veremos su resplendor mortecino reflejado por las aguas de la marea... Quiero pintar este cuadro y no puedo. Es imposible representar el miedo si no se lo experimenta. Yo no siento temor, sino que sólo pretendo sentirlo.

—¿Qué fué esto? ¿Has oido? — exclamó de pronto Irene, apretándose con más fuerza contra Glendon.

LA ROCA DESNUDA

Este también habia oido algo, pero dijo con calma para tranquilizarla:

—Me pareció como si algo se hubiera caido. Quédate aquí un minuto, mientras yo voy a ver lo que ha pasado.

Por su mente pasó una idea: "Fué la escalera de soga".

En efecto, no la encontró en el lugar en que la habia dejado. El pintor miró atónito la roca desnuda. Luego, sin querer dar crédito a sus propios ojos, empezó a palpal febrilmente las piedras, arañándose las manos con sus crestas agudas. No cabia lugar a dudas: la escalera se habia caido... Glendon echó una mirada hacia abajo, donde las aguas espumosas relucian en la obscuridad con pálido fulgor: "Habrá que bajar hasta alli y buscarla entre las piedras viscosas y las algas marinas — dijo para sus adentros. — Tengo que saltar sin pérdida de tiempo; si la cuerda se enganchó en alguna prominencia de la roca, el mar no se la ha[illegible] llevado y [illegible] la pueda [illegible]zar. Te[illegible]ndo la escalera en las manos siempre subsisten esperanzas de subir. Conozco la manera de arrojar el gancho para que quede fijado arriba; para algo me van a servir mis viajes por los Alpes... El agua ha bajado ahora y aquel montón de algas blandas atenuará la dureza de la caida...".

Con espanto, la pareja pudo ver que Merrick estaba loco y que con una enorme roca avanzaba para cerrarles el paso y toda salvación posible. Las carcajadas del enemigo resonaban sobre el mar.

En el momento en que el pintor se disponia a saltar, oyó la voz de Irene que lo llamaba y la vió de pie en el borde de la roca.

—¿Qué ha pasado, Miguel?

—Nada, que se cayó la escalera. No te preocupes que la voy a encontrar enseguida.

En el preciso momento en que el joven se agachaba para dar el salto desde arriba, en el aire nocturno resonó una risa.

La luna salió: pero el pintor no vió de qué modo su primer rayo se reflejaba sobre la tersa superficie del agua, porque este rayo iluminó una cara livida asomada al borde del peñasco, la misma cara que vió crispada por diabólica rabia, bajo la luz amarillenta del farol callejero.

—¡Merrick! — exclamó.

—Si, señor Glendon, soy yo — replicó éste con calma.

Al oir el sonido de su voz, Irene retrocedió despavorida.

ARTISTA HAMBRIENTO

—¿Qué es lo que quiere usted? — preguntó Glendon con voz ronca.

—¿Qué es lo que quiero? — repitió el recién llegado con una sardónica risa. — Sólo quiero observarlos a ustedes.

Y al cabo de un breve silencio agregó:

—¿No es cierto Glendon que la vida es una cosa muy extraña?

Historia de un hombre que creyó que le pertenecía el derecho de la venganza y el castigo.

Por CLIFFORD TROKE

Traducido por R. L. de Dorfman



Ilustraciones de Niahcer Seditsira

El mar seguía creciendo. Glendon colocó junto a su pecho a la bella Irene. Merrick le reprochaba desde lo alto de unos peñascos la traición que había sufrido su amor y su desinterés artístico. Glendon dijo a su compañera: "Amada mía: no nos queda más que una hora de vida". La voz del pintor estaba impregnada de intensa tristeza.

No parece sino como si usted y yo estuviéramos ligados por un lazo del Destino, como dirían los novelistas ¿Ha reparado usted en eso? En todos los momentos decisivos de su vida aparezco yo de una manera inesperada. Esto ya sucedió dos veces antes de ahora. ¿Recuerda usted? El primer encuentro se verificó siendo usted un artista hambriento que se moría de inanición en los suburbios de París y yo un rico extranjero aficionado al arte que buscaba talentos escondidos ¿Supongo que se acordará?

La segunda vez, Miguel Glendon, un joven pintor al que espera la gloria roba la esposa de su bienhechor... ¡Qué le vamos a hacer! Es el temperamento artístico... Sin duda lo hacía para cumplir con algún ignoto deber sagrado... Y por pura casualidad los descubrí... Ahora es la tercera y última vez. Los amantes culpables han resuelto suicidarse de la manera más original y romántica del mundo y por mera casualidad estoy aquí dispuesto a contemplar su fin.

El hombre hizo una pausa muy contento de su discurso. Tenía un pronunciado acento extranjero, pero no cometía errores en las palabras elegidas con cuidado y expresaba bien claro sus ideas. Glendon vió que tenía en las manos la escalera de soga.

—Como he dicho — continuó Merrick — nuestro encuentro es obra de la casualidad. Ví en la vidriera de Collins su cuadro (su pincel es inconfundible. Glendon) y a pesar del carácter impresionista que usted le imprimió al paisaje me fué fácil reconocerlo. Compré la tela esta mañana. Miguel Glendon va a dejar tan pocas obras que su precio subirá como por encanto... Además el mórbido sentimentalismo del público aumentará sin duda el valor de este último bosquejo. La gente dirá: "En esta costa el joven pintor se quitó la vida. Su cuerpo fué arrojado sobre la amarilla arena de la playa". Esta clase de cosas excita la curiosidad del público, Glendon, y esta circunstancia puede hacerlo famoso.

A pesar de que la voz de Merrick no acusaba alteración, a Glendon se le antojó que tenía que habérselas con un demente. La completa ausencia de excitación nerviosa en su voz servía de prueba patente de que el hombre procedía de acuerdo con la implacable lógica de un alienado. El pintor se dió cuenta de que sería inútil implorar la gracia.

—Irene — dijo en voz baja —, él vino con la intención de matarnos y para este fin sacó la escalera. Creo que está loco... Perdóname, amada mía, por haberte puesto en esta situación.

Por toda respuesta, rodeando el cuello de Miguel con los brazos, la joven lo besó en la boca.

—¿Acaso no hay esperanza de salvación, querido? — preguntó. —¿No nos queda otro recurso que esperar la marea?

Glendon hizo un signo afirmativo con la cabeza y agregó:

—Se acerca la tormenta. El mejor nadador del mundo no podría salir ileso de entre estos escollos. En cuanto a escalar la roca, es inútil forjarse ilusiones porque no se puede hacerlo sin tener una soga.

El viento arreciaba: negros nubarrones se acercaban a la costa; graznidos de aves asustadas se entremezclaban con los rugidos del mar. Glendon trató de gritar pidiendo socorro, pero su voz se perdió entre el tumulto; sólo le respondieron las gaviotas y la risa burlona de su enemigo.

Cuando la furia del vendaval hubo amainado un tanto, Merrick dijo:

—Glendon, me causa pena ver morir a un artista. Estoy convencido de que usted hubiera llegado a ser un gran pintor. Fuí yo el que descubrió su talento y también yo el que lo inició en la vida. Pero habiendo resultado usted un ingrato, retiro mi obsequio. En cuanto a la mujer que está a su lado — agregó con una risa triunfante — merece su suerte.

Al oír estas palabras Glendon perdió el dominio sobre sí mismo.

—¡Usted es un asesino abominable! — exclamó. — Pero, gracias a Dios, lo espera la horca.

—¿Asesino? — replicó el otro con calma. — Querido artista, este es un suicidio y no un asesinato. En cuanto baje la marea volveré a colocar la escalera en su lugar. Su... este... amiga, en su carrera desenfrenada hacia la roca perdió el echarpe, el que le regalé yo, entre paréntesis; lo van a encontrar aquí entre los arbustos, roto por el viento. Glendon, empapado por la lluvia, privado de su suavidad y perfume... pero yo lo identificaré cuando lo encuentren, al mismo tiempo que sus cadáveres... Además existe la carta que ella empezó a escribir: creo que está dirigida a su madre. Cuando salió de la casa dejó la puerta abierta y antes de seguirla miré la hoja. Hay allí una frase de mucha trascendencia y es ésta: "Hemos decidido ir a un lugar donde nadie puede seguirnos...". Puede imaginarse usted el sentido que le atribuirá el jurado. En este punto la carta se interrumpe de un modo trágico, según la expresión de los repórteres. Pero los jurados ingleses tienen la imaginación más viva de lo que usted cree. Cuando me dirigía a este lugar no podía suponer que la tarea iba a resultar tan fácil.

Glendon miró arriba al peñasco iluminado por la luna. Na existía la más remota probabilidad de escalarlo sin la ayuda de cuerdas y ganchos.

—Amada mía — dijo con voz impregnada de tristeza — es el fin... No nos queda más que una hora...

Merrick seguía parado en la punta de la roca; la embriaguez del triunfo se traslucía en sus facciones y reía profiriendo salvajes improperios.

—Ah, Glendon — exclamó —, todo el mal del mundo está en las mujeres; es ella la que lo llevó a este fin. Un artista más que perece a causa de una mujer... Pero ¿qué importa esto, Glendon? Ellas destruyen imperios; ¿cómo, pues, habría de resistir un pobre y débil artista?

A medida que las nubes de la tempestad se acercaba, la locura de Merrick se convertía en furia. Prorrumpía en maldiciones y blasfemias; recitaba trozos de poesías y versículos de salmos en un torrente de invectivas contra la mujer. Las ráfagas del viento interrumpían de vez en cuando sus palabras llenas de énfasis.

—Mira el reflejo de la luz lunar en el agua, Miguel.

Estas dulces palabras borraron de la mente de Glendon la penosa impresión que le producía la voz del energúmeno. El artista dirigió la vista hacia abajo... Luego juntando las manos inclinó el busto hacia adelante y fijó su mirada llena de éxtasis en la línea de espuma que se perfilaba encima de las aguas.

—Dios mío, Irene — exclamó. — Por fin veo el cuadro que quería pintar. Mira aquella curva brillante de luz lunar que se refleja sobre la espuma. Aquel centelleo frío que se propaga en dirección a la costa... Parece una guadaña.. ¿La ves?... Es la muerte que viene para recoger su cosecha entre las rocas... Oh, Dios. Tengo el presentimiento de que viviré aún para pintar este cuadro...

OBJETO BRILLANTE

Glendon se puso de pie. Las nubes no llegaron a cubrir aún la luna por completo y a su diáfana luz el hombre distinguió en el suelo un objeto brillante. Era una botella sin duda, restó de algún alegre pic nic efectuado en la roca. Miguel asió el grueso vidrio verde. En su mente surgió una idea... la última oportunidad desesperada... Con mano febril palpó el block de bosquejos y la caja de pinturas... La luz era suficiente para escribir. Aprovechando un momento de relativa calma en la furia del viento Glendon gritó a toda fuerza de sus pulmones:

—Merrick. Escúcheme. ¿Vé lo que tengo en la mano?

El interpelado miró hacia abajo y estalló en risa.

—Escuche, Merrick, pues de eso depende su vida. Una botella de vidrio grueso tapada con la pintura de mis tubos y en su interior la descripción de la manera cómo usted nos asesinó. ¿Quiere que la arroje al mar? ¿O prefiere bajar la escalera? Oh, si ya sé que el frasco puede romperse; pero usted nunca tendrá la completa seguridad de que así haya sucedido. Piense en las consecuencias, Merrick. El día menos pensado el mar devolverá la botella. Su vida será un continuo temor. Usted se pasará los días vagando a lo largo de la costa y acechando sin cesar la aparición de esta botella: no podrá concillar el sueño por temor de que la marejada nocturna la arroje a la playa... Luego algún día un pescador la encontrará y usted será ahorcado... Le apretrán la garganta, Merrick. Usted ha perdido el juego. Le conviene más colgar la escalera en su lugar y alejarse.

Sin pronunciar palabra Merrick se acercó al borde de la roca y arrojó la escalera al mar. Luego exclamó:

—¡Muera, maldito! Y que con usted perezca esta mujer. ¿Acaso cree, estúpido, que el temor de la muerte puede apartar a un hombre como yo del cumplimiento de su deber? Y me consta que mi deber para con el mundo es librarlo de un individuo como usted.

La última esperanza se había desvanecido. Al ver caer la escalera Glendon sintió que una furia salvaje se apoderaba de su alma. Alzando la botella gritó:

—Observe... esta es su sentencia de muerte...

Por toda respuesta vió pasar a su lado una piedra arrojada desde arriba.

JUNTO AL PEÑASCO

Glendon comprendió el fin que perseguía Merrick al tirarla. En el lugar en que se encontraba el pintor no podía ser alcanzado por las piedras tiradas desde arriba, pues lo protegía una saliente de la roca. Pero cuando pretendiera arrojar la botella en las profundidades del mar se vería obligado a salir de su escondite. Con la astucia de un loco Merrick vió claro la situación y ahora estaba preparando piedras para tirarlas sobre ellos.

Cegado por la sed de la venganza, Glendon salió a rastras del lugar donde se guarecía y se arrastró hacia la parte descubierta del arrecife sin hacer caso de las súplicas de Irene ni prestar atención a las piedras que llovían alrededor de él. Concentrando toda la atención de su mente y la energía de los músculos en la seguridad de la botella, lentamente se hacía camino hacia la parte donde el mar era más profundo...

Se deslizaba apretándose contra la roca y de esta manera a pesar de la luz lunar no ofrecía un blanco fácil para los proyectiles. De repente Merrick dejó de tirar piedras y Glendon oyó cómo empujaba con furia un pedrejón tratando de aflojarlo y arrojarlo abajo... ¿Tendría tiempo de volver bajo la protección de la roca antes de que cayera la enorme piedra?... Por fin llegó hasta el borde del peñasco y tiró la botella al agua...

Entonces emprendió el camino de regreso a lo largo del angosto sendero tratando de incrustarse en la roca para ser menos visible. Al echar una mirada arriba Glendon vió que el pedrejón se movía... Se adelantó una yarda más... Volvió a mirar al lugar donde se encontraba Merrick y una lluvia de pedregullo le cayó en la cara.

GRITO DESGARRADOR

Vió cómo la enorme piedra rodaba despacio acercándosele poco a poco y cerró los ojos... Al mismo tiempo oyó un grito desgarrador de Irene. Sintió cómo caían las piedras y algo le golpeó en el hombro arrancándole un pedazo de carne viva.

El ruido y el agudo dolor se mezclaron en un caos en la mente de Glendon. Cuando abrió los ojos vió que en el borde del peñasco se destacaba una figura tambaleante que luego caía y se perdió entre las rocas.

Casi desvanecido por el dolor Glendon miró abajo, al lugar en donde había caído Merrick. Una guadaña de espuma se deslizaba sobre las rocas con un movimiento lento e implacable brillando bajo la luz argentina. Luego la luna se vistió de hábito negro tejido por las nubes, todo se sumió en una repentina obscuridad en medio de la cual rugía el viento. La guadaña desapareció; la cosecha estaba terminada.

Con el último rayo de luz lunar el joven vió que el pedrejón caído había formado una especie de peldaño que les haría más fácil trepar a la cima del peñasco. El dolor en el brazo era tan intenso que casi lo privaba de la facultad de hablar. Arrancando un trozo de su vestido Irene vendó la herida de su amado y éste se puso de pie con dificultad, dispuesto a entrar en la última lucha contra la muerte.

Por milagro Miguel logró llegar a la cima de la roca. La tormenta se había desencadenado por fin y las furiosas ráfagas de viento le dificultaban la penosa ascensión. El brazo que colgaba inerte a lo largo de su cuerpo aumentaba sus sufrimientos. Mil veces estuvo próximo a caer pero haciendo un esfuerzo sobrehumano seguía trepando arrastrándose con dificultad y lentitud a través de la borrascosa noche.

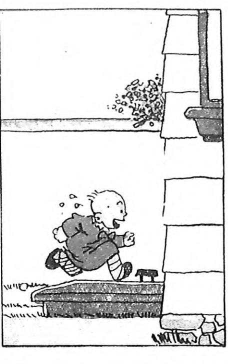
Cuando llegó arriba creyó desmayarse pero el embate de las olas ya muy cerca del peñasco sirvió de acicate para su energía desfalleciente y lo obligó a ponerse de pie y a adelantarse bamboleando y perdiendo pie por el sendero que conducía a la casa en busca de una soga.

El horrendo arrastrar a través de las tinieblas constituía el mayor martirio para Glendon. El dolor lo hacía delirar. Le parecía ver una enorme y brillante guadaña que se movía de un lado para el otro cercenando con furia hasta el lugar donde se encontraba Irene... Y en medio de la tortura de estos minutos inacabables de angustia se le aparecía la visión del mar tal como había quedado grabada en su mente y en los raros momentos de plena lucidez el joven pensaba:

—Viviré para pintar este cuadro... "La guadaña", de Miguel Glendon.









EL TARTA SIGUE HACIENDO MACANAS

por Tack Knight

























COBU TORI

Leyenda japonesa

EN los tiempos remotos vivía en el Japón un viejo que tenía en la mejilla derecha un tumor que le molestaba mucho, causándole grandes dolores.

El hombre ha tratado de curarse, aplicando al tumor hierbas medicinales, ha consultado varios médicos; pero todo en vano. El pobre terminó por resignarse, siguiendo el curso de su vida modesta y laboriosa.

Un día el viejo se dirigió a las montañas para juntar ramas secas que le sirvieran de combustible. Pasó en esta tarea casi todo el día, y al atardecer, se dispuso a volver a casa. En eso se fijó que el cielo se iba cubriendo de nubes, precursoras de la lluvia. Por más que el hombre elevara plegarias a los dioses, rogándoles que alejaran el chubasco, el cielo seguía encapotado, y al poco rato empezó a llover a cántaros.

—Pobre de mí — exclamó el viejo. — ¿Dónde podría guarecerme?

Echó una mirada alrededor suyo y por suerte advirtió a poca distancia un árbol grande con el tronco hueco. Sin pérdida de tiempo el hombre se ubicó en aquel escondite, donde estaba protegido del agua. Y lo hizo bien a tiempo por cierto, pues acto seguido se desencadenó una formidable tormenta.

Pero las lluvias torrenciales, por lo general, no duran mucho. En aquel caso también empezó a amainar, y por fin el cielo se despejó y detrás de la montaña brillaron los últimos rayos del sol poniente.

El hombre, muy contento, quiso salir del tronco para dirigirse a su casa. En aquel momento llegó a sus oídos el ruido de pasos de muchas personas.

—Deben ser algunos leñadores que vuelven a la aldea — dijo el viejo para sus adentros.

Movido por la curiosidad, asomó la cabeza y... quedó petrificado. En vez de leñadores vió a un grupo de monstruos horrorosos que pasaban lentamente por el sendero.

Cada uno de los horrendos diablos tenía tres ojos, una boca semejante a la de un cocodrilo, los ojos parecidos a los de un buitre sanguinario, un cuerno en la cabeza y la nariz encorvada como la de un halcón. Los demonios rojos estaban envueltos en las pieles de osos y los verdes en las de tigres.

Al ver esta horrenda comitiva, el hombre, presa de loco pavor, se acurrucó en el tronco, sin atreverse a respirar.

Pasó un rato, y viendo que los monstruos no lo habían visto, el viejo se calmó un tanto. A sus oídos llegaron las voces de los diablos que entonaban canciones alegres. Deduciendo de este hecho que los demonios estaban de buen humor, el hombre se tranquilizó por completo, y hasta se aventuró a alzar la cabeza para atisbar a los recién llegados.

Era evidente que aquéllos celebraban una fiesta. Dispuestos en círculo cerca del árbol en que se ubicaba el viejo, los monstruos cantaban, batían las palmas, bebían vino y, en una palabra, se divertían en grande. En el medio del corro se encontraba un diablo de tamaño más grande que los demás.

—Qué cosa más interesante — pensó el hombre. — Cuantos años vivo en el mundo, vengo casi diariamente a estas montañas, y sin embargo es la primera vez que llego a ver semejante reunión.

La curiosidad venció el temor que le infundían los demonios y el hombre salió de su escondite para verlos mejor.

El rey de los diablos bebía vino en una enorme copa, observando los bailes que ejecutaban sus súbditos. De pronto pronunció con tono descontento:

—No me divierten nada vuestros bailes. Siempre son los mismos. A mí me agradaría ver algún bailarín nuevo y más habilidoso.

—Parece que el jefe está aburrido — dijo el viejo para sus adentros. En realidad, los diablos bailan bastante mal y yo sé hacerlo mucho mejor. Podría ejecutar una danza para solazar al demonio, pero temo que al verme me devorarán sus súbditos; entonces no habrá ninguna salvación para mí... Sin embargo... estos monstruos parecen ser muy amantes de los bailes. Si llegara a agradarles mi arte, tal vez no me comerán... Sea lo que sea...

El hombre, de carácter alegre y bonachón, experimentaba un gran deseo de bailar, y no pudiendo vencerlo, se decidió por fin. De un salto se colocó en el medio del círculo formado por los diablos y se puso a bailar con gran animación.

Al ver al hombre, los demonios quedaron perplejos.

—¿Quién es?... ¿quién es?... — preguntaban el uno al otro, con un asombro rayano en temor.

Entretanto el viejo, que se daba cuenta que un paso dado en falso podría costarle la vida, se empeñaba en bailar lo mejor que pudo.

Los diablos lo miraban encantados — exclamando:

—Muy bien.

—Excelente.

—Hace años que hacemos estas fiestas y es la primera vez que vemos a un bailarín tan bueno.

Cuando el hombre hubo terminado la danza, el rey de los demonios le dijo con tono amable:

—Gracias. Me has proporcionado un gran placer. Toma esta copa a guisa de recompensa.

El viejo aceptó el convite, y después de haber tomado de un trago el "sake" (1), dijo:

DESCORTESIA

—Muchas gracias. Reconozco que he cometido un acto de gran descortesía al venir sin estar invitado, estorbando su fiesta. Pero me sentía tan tentado por su alegría que no pude vencer el deseo de bailar. Me alegro mucho de que no estés enojado y hasta apruebes mi conducta.

—No has estorbado en absoluto nuestra fiesta — contestóle el jefe. — Muy al contrario, has contribuído a la alegría de ésta. Ven a visitarnos cuando se te antoje, y vuelve a bailar.

—Con el mayor gusto si mi torpe danza es de tu agrado.

—Entonces, ven mañana.

—Bueno.

—¿Vendrás sin falta?

—Pierde cuidado; no he de engañarte.

—Sin embargo, para más seguridad, quiero que me dejes alguna seña.

—Bueno. Pero, ¿qué quieres que te deje?

—¿Qué podríamos tomar de él, en calidad de seña? — pregunto el rey a sus consejeros.

Uno de éstos, con cara seria, dió dos pasos adelante, diciendo:

—Por lo general, se suele pedir como seña un objeto al que más se aprecia. Veo en la mejilla derecha de este hombre un tumor. He oído decir que los humanos aprecian en sumo grado estas exerecencias, creyende que traen suerte. Estoy seguro, que si le quitamos este tumor, el hombre volverá sin falta mañana para buscarlo.

—Es una idea luminosa — aprobaron todos en coro.

En un abrir y cerrar de los ojos los demonios sacaron el tumor de la mejilla del viejo. Acto seguido desaparecieron como por encanto.

El hombre, atónito, miraba alrededor suyo, sin poder atinar lo que le acababa de suceder. Se palpó la mejilla y, con gran regocijo, se convenció de que la exerecencia, que tanto le molestara, había desaparecido sin dejar rastro.

—¡Qué suerte! — exclamó en el colmo de la alegría. — Si hubiera sabido que esos diablos eran unos cirujanos tan habilidosos, hubiera venido mucho antes a bailar para ellos.

Así diciendo el viejo echó a andar cuesta abajo, rumbo de su aldea. Una vez en su casa, le salió al encuentro la esposa, diciendo:

—Por fin has venido. Me imagino lo que habrás sufrido durante la tormenta. Ven, que te voy a dar de comer y luego irás a descansar.

En este momento la luz del candil cayó sobre la cara del hombre y, al mirarlo, la mujer quedó boquiabierta, sin poder creer a sus propios ojos. La mejilla derecha de su marido estaba lisa y sana.

—¿Dónde está tu tumor, viejo? — exclamó la esposa atónita.

—Me pasó una cosa muy extraña — contestó el hombre.

Luego contó a su cónyuge, con el lujo de detalles, todo lo que le había sucedido en las montañas.

Al día siguiente la mujer relató el hecho a una de las vecinas que, a su vez, lo contó a su marido.

Este también tenía un tumor en la mejilla izquierda. Por eso el caso del vecino le interesó vivamente.

—¿Es cierto que los diablos te han sacado el tumor?

—Claro que es cierto, viejo — contestó el otro. — No acostumbro a mentir.

—Entonces iré yo también para que me curen. Pero no sé dónde encontrarlos.

El vecino le explicó cuál era el lugar en que se había citado con los demonios. El otro, muy contento, se dirigió en seguida a las montañas.

—Sí, señor, — contestó el otro, poniéndose de pie.

Una vez en el lugar indicado, el viejo se escondió en el hueco del tronco y se puso a esperar la llegada de los diablos.

A la caída del crepúsculo aparecieron los monstruos, quienes, del mismo modo como la víspera, empezaron a celebrar la fiesta.

Al poco rato el jefe, demostrando evidente impaciencia, miró alrededor suyo.

— Ya es hora que venga el bailarín de anoche — dijo en tono descontento.

Al oir estas palabras, el vecino del viejo creyó el momento oportuno para hacer su aparición. Salió del tronco y de un salto se plantó en el medio del coro diabólico.

—Buenas noches — dijo postrándose ante el rey. — Hace tiempo que les estoy esperando.

—¿Eres el viejo de anoche? — exclamó el demonio contento. — Bueno, pues; empieza la danza.

—Sí señor — contestó el otro poniéndose de pie.

Luego entonó una canción, al son de la cual se puso a bailar. Pero, puesto que el viejo era torpe, y en su vida no había bailado, en vez de ejecutar una danza, hacía sólo brincos y saltos sin ninguna gracia.

—Está mal... Así no sirve— gritaron los diablos.

—Bailas mucho peor que anoche — dijo el jefe. No me gusta la danza y no te quiero ver más. Toma de vuelta la seña.

Con estas palabras le pegó en la mejilla derecha el tumor que tenía guardado.

El pobre vecino del viejo, en vez de deshacerse de la exerecencia que tenía, adquirió una más. Con el corazón oprimido y manteniendo con ambas manos su cara hinchada, el desventurado volvió a su aldea.

Así cuentan los ancianos que guardan en su memoria las tradiciones de los tiempos remotos.

Cobu-tori, en japonés, significa la cura de una excrecencia.

(1) Sake, es el aguardiente japonés.

ILUSTRO PREMIANI

PREMIANI

* ⊠ *

Movido por la curiosidad movió la cabeza y ...quedó petrificado. En vez de leñadores vió un grupo de monstruos horrorosos

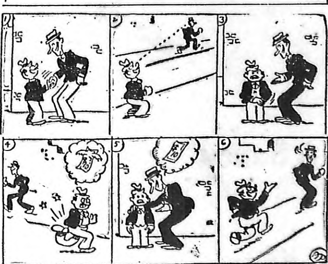
* ⊠ *

AQUI HAY DIEZ ERRORES



La figura muestra un hombre ocupado en sus trabajos de carpintería. Si observa con un poco de atención, podrá ver que en el dibujo hay diez errores. ¿Puede usted encontrarlos?

ORDENE ESTA HISTORIETA



El señor Amaretti renueva una amistad mal de su grado y sufre una gran molestia. ¿Pueden ustedes poner en orden esta historieta para poder saber por qué Amaretti lamenta el encuentro con su amigo?


0.70
Tubo Medio
Sin cepillo
Gran desodorante y especialmente del cigarrillo.
Colocar un centímetro de la pasta — blanca o rosa — sobre los dientes, extenderla con la lengua sobre los mismos y las encías, dejar un instante y luego hacer buches con agua fría o tibia.
Perlificar
la dentadura sólo es posible con el más científico de los dentífricos, el "Dentífrico DUBARRY"
Desinfecta, purifica, desodora, limpia bien y no raspa.
Dentífrico
Dubarry
PASTA ROSA
DUBARRY
Limpia, Desinfecta, Purifica y NO Raspa.
Tubo Grande
$1.70
Con un regalo
Sintonice L. R. 2 Radio Prieto los Lunes, Miércoles y Viernes, la Audición Selecta
LE SANCY
"A LA HORA DE LA CENA"
de 20 a 21 horas
Perfumería Dubarry